

303

ENZA



R. 4147343





El castillo roquero, visto desde el sur

La antiquísima y tiempos atrás importante villa de Atienza está al norte de la provincia de Guadalajara, en una de las estribaciones de la cordillera que separa ambas Castillas, a 1.100 metros sobre el nivel del mar, con clima más bien seco, benigna y agradable la temperatura en verano, pero de largos y crudos inviernos; así es la gente, dura para el trabajo, sobria para todo, resistente y también honrada, leal y acogedora; por su bravío emplazamiento y situación estratégica, llave de los puertos serranos, desde tiempos remotos constituyó Atienza una fortaleza inexpugnable en los siglos del arma blanca. El caserío se agarra a las agrias laderas de empinado cerro al que corona largo y elevado peñón cortado a pico, con una plataforma sólo accesible por el norte, desde la que se contempla un panorama vastísimo, pues hacia el sur se columbran más allá del altiplano alcarreño los cerros gemelos de Viana asomados al Tajo a setenta o más kilómetros en línea recta.

En las inmediaciones se hallaron hachas de piedra y otros utensilios del período neolítico, así como urnas cinerarias y armas de hierro, pues el cerro y particularmente su peñón fueron un castro natural muy valioso en la época celtibérica, al que, en caso de peligro, se acogerían los habitantes de algunos poblados de las inmediaciones, cuyas necrópolis han sido provechosamente excavadas hace años por el arqueólogo don Juan Cabré. El conjunto urbano no puede ser más sugestivo, pues visto a cierta distancia, cuando viniendo por la carretera que enlaza con la de Soria, aparece gradualmente como un telón de fondo al remontarse la leve cuesta de «cantaperdiz», ofrece al asombrado viajero la bella estampa de fortificado pueblo medieval; luego, al caminar por sus calles estrechas, cuestudas y casi desiertas, o por sus plazas muy típicas, diríase que el reloj del tiempo se ha parado allí desde el siglo XVI hasta ahora.

La antigua Tithya tuvo importancia durante la invasión romana, y sus habitantes inflingieron sangrientas derrotas a los cónsules Quinto Cecilio Metelo y Pompeyo Aulo, pero hubieron de rendirse a Escipión tras la caída de Numancia; mucho dieron que hacer luego los belicosos tithios o atencinos en la guerra de Sertorio, como partidarios de éste.

Después de la invasión musulmana, y sobre todo desde que el avance de la reconquista cristiana rebasó el valle del Duero, poniendo en peligro las tierras de aquende los puertos, fue plaza fuerte que pasó de unas a otras manos durante el califato de Córdoba o sus guerras civiles, y con más frecuencia cuando se multiplicaron las incursiones castellanas al reino moro de Toledo; entonces mejoraron la poderosa alcazaba que coronaba el peñón; en ella se puso guarnición bastante para defender los pasos de la cordillera, y no está de más recordar que hizo prudente al Cid cuando, desterrado por Alfonso VI, marchando a Valencia con su mesnada, decidió pernoctar en Miedes antes de proseguir muy temprano hacia el valle del Henares, dejando a un lado y bastante lejos «de Atienza las torres que moros las hán», según dice el Poema.

Poco después era reconquistada Toledo, y un cuarto de siglo más tarde, Alfonso el Batallador, rey de Aragón, convirtió la alcazaba en inexpugnable castillo; comenzó la po-

derosa muralla protectora de la villa antigua o alta y construyó en ésta la iglesia románica de Santa María del Rey, parroquia de un populoso barrio, según demuestra la inscripción que campea en una puerta.

Alfonso VII el Emperador no sólo otorgó a Atienza un notable Fuero, pues además la hizo cabeza de extenso «Común de villa y tierra» que llegaba hasta el lejano Tajo, con más de cuarenta leguas de circuito; pronto el caserío no cupo en el recinto murado y hubo de extenderse por varios arrabales, buena prueba de creciente prosperidad.

A ésta dio gran impulso Alfonso VIII, el vencedor de los almohades en Las Navas. Estaba muy encariñado con Atienza desde que, siendo niño, fue confiada la seguridad de su persona al leal vecindario, y sitiada por Fernando II de León, que quería apoderarse del regio sobrinillo y su tutoría, resistió el cerco hasta que la escasez de provisiones hicieron inminente la rendición; entonces los arrieros y mercaderes ambulantes de Atienza, ya organizados en una especie de gremio, consiguieron liberarle mediante valerosa y hábil estratagema, conduciéndole hasta Segovia, tras caminar por senderos de cabras sin detenerse en ningún poblado, durante siete días. Para premiar ese gran servicio y otros muchos prestados por las milicias y arrieros de Atienza, tanto en la reconquista de Cuenca como en la luctuosa batalla de Alarcos y después, Alfonso VIII otorgó a la villa



*El Cristo del Perdón,
de Salvador Carmona*

y a los arrieros o recueros ya organizados en una Cofradía que llaman «La Caballada», importantes mercedes y privilegios; hizo construir varios templos románicos, de los cuales algunos perduran, y también un segundo recinto murado para proteger los arrabales y que aumentó considerablemente la importancia militar de Atienza. Allí residió largas temporadas con su esposa, Leonor de Inglaterra, para inspeccionar «la fábrica de los muros», y entonces debió asistir a la romería que ya celebraba la Cofradía, para conmemorar la liberación del Rey niño, yendo —como siguen haciéndolo— los arrieros a caballo; sin duda le conmovió tanta adhesión y fidelidad, pues les otorgó el privilegio de usar guión o estandarte cuando fuesen «en hueste», como a militar instituto.

Prosiguió el auge de Atienza en los siglos siguientes hasta formarse nuevos arrabales, contar con doce iglesias, de las cuales nueve eran parroquias, y unos cuatro mil habitantes. Al mediar el XV fue escenario de un interesante episodio histórico que hizo mucho ruido y del que se ocupan las Crónicas coetáneas tan por menudo, que hoy puede reconstruirse aquél mentalmente paso a paso y con indecible gusto, leyéndolas allí mismo. Me refiero al largo e infructuoso sitio puesto por Juan II de Castilla y su privado don Alvaro de Luna a la villa y fortaleza, ocupadas por una guarnición de navarros durante las contiendas civiles llamadas «guerra de los infantes de Aragón». Por espacio de tres meses se sucedieron los ataques con derroche de valor por ambas partes; y, aunque los atacantes se apoderaron de la villa, como no consiguieran ganar el castillo roquero, tras incendiar aquella y aportillar sus murallas se retiró el ejército sitiador. Entonces comenzó a decaer Atienza, acentuándose progresivamente esa decadencia al perder gran parte de su valor estratégico desde que, con los Reyes Católicos, fue conseguida la unidad española. Hoy sólo cuenta con 1.500 habitantes, agricultores en su mayoría, quedando abiertas al culto tan sólo dos de sus antiguas parroquias.

Durante la guerra de Sucesión, el año 1706, antes de la batalla de Almansa, Atienza hospedó a Felipe de Anjou mientras llegaban los refuerzos ofrecidos por su abuelo, Luis XIV de Francia, pagando la villa todo el gasto del

futuro rey y su séquito; no conforme con ésto, aún le procuró hombres y dinero para proseguir la campaña, favores luego correspondidos por el monarca con varias mercedes; sólo a él cabe atribuir la flor de lis, emblema de los Borbones, que luce bordado la bandera de la «Caballada». Un siglo después, o sea, en la guerra de la Independencia contra los franceses, Atienza luchó heroicamente. Allí tuvo su cuartel el general Castaños, y «el Empecinado» y sus guerrillas tanto hostilizan al enemigo, que para limpiar aquel reducto el general francés Duvernet, gobernador militar de Soria, se apoderó por sorpresa de Atienza, y, tras desmantelar el castillo y murallas, destruyó por el incendio más de ochenta casas; esto hizo que aumentara la decadencia del pueblo, decadencia acelerada como la de otras muchas

poblaciones históricas que hoy sólo de nombre son capitales de distrito, por no contar con vida propia y a causa de las grandes facilidades traslaticias dadas por las modernas y múltiples carreteras, así como por los medios de locomoción.

Cuanto antecede confiere a Atienza hartos méritos para aspirar a la protección del Estado y ser declarada por éste Conjunto Monumental Histórico-Artístico. A renglón seguido demostraré que con sobrada justificación ha obtenido esta categoría monumental, toda vez que en ella están digna y profusamente representados todos los estilos, desde el románico al barroco; procediendo con método, debiera ha-



El ábside románico de la iglesia de La Trinidad

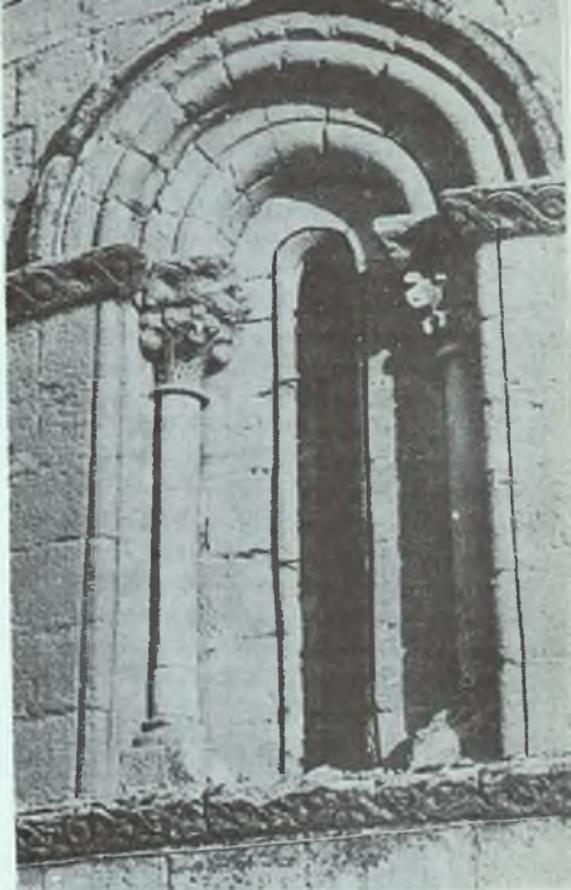
cerlo por orden cronológico con citas separadas de lo arquitectónico, escultórico, pictórico, etc., pero creo preferible enumerar todo eso conforme se va hallando en una visita a Atienza. Me lo agradecerán los turistas que vayan allí con tal objeto.

El pueblo es tan pródigo en cuestras como en detalles curiosos que obligan a frecuentes paradas; por ambos motivos, esa visita ha de ser lenta y dividida en dos etapas, siendo el castillo roquero incuestionable meta de la primera.

Al llegar a la plaza del Ayuntamiento nos encontramos con éste algunas viejas casas blasonadas, y casi en la esquina de la calle una linda ventana gótica del XV, que fue ajimezada, pero luego toscamente convertida en balcón, suprimiendo su mainel o parteluz; inmediato, el pétreo cordón franciscano de la que fue «Posada del Cordón», según el rótulo de antiguo azulejo; ahí, con ese nombre tan castizo y utilizando esos detalles arquitectónicos, podría ser instalado un hostel que acoja al turismo que llega a Atienza. Al final de suave rampa, y apoyada en la iglesia arciprestal, está la puerta de San Juan, llamada vulgarmente «arco de arrebatacapas», por ser imposible cruzarlo embozado en días de ventisca; se trata de una puerta del primer recinto murado protector de la población primitiva o «villa» propiamente dicha. Desde ella se pasa a la castiza plaza soportalada que se llamó de San Juan y también del Mercado o del Trigo. Dos de sus casas lucen bellos aleros, habiendo sido una de ellas la sede del Cabildo eclesiástico de la villa en tiempos pasados, como puede comprobarse por los escudos que ostentan las zapatas pétreas. Esta plaza fue restaurada hace pocos años por la Dirección General de Bellas Artes, obteniéndose con ella uno de los más genuinos y bellos ejemplos del arte arquitectónico popular de Castilla. En el costado norte de esta plaza vemos el templo de San Juan, de tres naves y grandes proporciones, construido en la segunda mitad del siglo XVI, en el solar de la primitiva iglesia románica; en el interior hay diversos altares de interés, destacando el retablo mayor, con pinturas del alcarreño Alonso del Arco, del siglo XVII, conteniendo en su hornacina central una magnífica talla de San Juan. Otros

pequeños retablos proceden de la iglesia de San Gil, en estilo plateresco, de la escuela de Berruguete.

Por la calle de Cervantes pueden contemplarse diversas casonas nobiliarias, entre ellas la muy bien conservada de los Manrique de Lara, y en la costanilla final, la antigua casa-curato, de reminiscencias góticas. En seguida damos con la iglesia de la Trinidad; posee un ábside bellissimo, románico, del siglo XII, que es lo único que queda del templo antiguo, pues todo lo demás fue reconstruido en el XVI, aunque la bóveda es todavía de estilo gótico, con troceletes. Frente a la puerta, en una pequeña capilla y presidiendo un altarcito barroco, admira el visitante la magnífica efigie del *Cristo de los Cuatro Clavos*, con corona real, buena talla del siglo XIII; en la sacristía son piezas capitales las cuatro tablas de hacia 1525 representando a las Sibilas y los Profetas, procedentes del bancal o predella del retablo mayor de Santa María y que han sido restauradas en el Museo del Prado; también es notable, por lo ostentosa, la Custodia del siglo XVIII y varias cornucopias; lindísima y más parecida a salita versallesca que a lugar de recogimiento místico, la capillita de la Concepción, estilo rococó francés, prolija en dorados adornos y que al parecer fue donada por Felipe V de Borbón. Al salir, en la pila del agua bendita, se ven con gusto dos lindas estatuillas esculpidas



Ventana absidal de la iglesia de La Trinidad

en alabastro, representando al arcángel San Gabriel y la Purísima, o sea, la escena de la Anunciación; deben proceder de un retablo del XV; también es muy interesante la pila de bautismo, románica. Otra vez repecho arriba, en un rellano al que flanquean el castillo y apuntillados murallo- nes, hay que detenerse para visitar la iglesia de Santa Ma- ría, la más antigua de Atienza y durante siglos su principal parroquia; hoy la precede el cementerio, que es todo un símbolo, pues con el templo es lo único persistente del Bar- rido del Rey, ahora tierras de labor y antaño el mejor de Atienza; en el exterior de la iglesia, a más de la robusta y elevada torre, son muy notables dos portadas románicas, especialmente la del sur, con múltiple archivolta escultura- da, pero corroída por los agentes atmosféricos; el interior está actualmente en estado de ruina, aunque existe proyec- to para su reconstrucción inmediata.

De nuevo hay que apechugar con la cuesta arriba hasta la alargada plataforma del peñón y de la torre mayor del castillo, para gozar desde allí la contemplación del extenso y hermosísimo panorama o viendo, como desde un avión, el caserío de Atienza, su doble recinto amurallado y, a kí- lómetro escaso, en el vallejo, la arboleda que da sombra a la ermita de la Virgen de la Estrella, donde van en romería anual desde hace ocho siglos los cofrades de «La Caballa- da». Recorriendo una y otra vez el peñón, mientras recuer- dan algunos episodios de la historia de Atienza, a los turis- tas se les pasa el tiempo sin sentir; en el supuesto de co- menzar la visita mediada la mañana, al sonar las dos de la tarde no habrá todavía quien les haga bajar de tan estu- pendo mirador, y lo más aconsejable es que dejen la se- gunda etapa para después de haber cobrado fuerzas con una sustanciosa comida.

En esa segunda etapa vamos a recorrer la parte baja de Atienza, también rica en arte. Por la carretera que sube contorneando el cerro en dirección a Berlanga, no estará de más llegar al cerro Padrastro, ascender a media ladera y desde allí contemplar la formidable posición militar cons- tituida por la montaña de empinadas laderas, las murallas y el castillo, o reconstruir mentalmente y con exactitud la escena del parlamento inútil tenido durante el cerco del

siglo XV por don Alvaro de Luna y el alcaide navarro, sirviéndoles de barrera un tajado peñón. Dando marcha atrás, descendemos al vallejo para ver la curiosísima portada románica de Nuestra Señora del Val, surmontada por un ingenuo relieve que representa la Huída a Egipto; esa iglesia, nominalmente abierta al culto todavía, es lo único que resta del viejo arrabal cuya parroquia fue. Algo más acá,



Un rincón de la Plaza del Trigo

también en el valle, cerca de una puerta del segundo recinto así como de la fuente salobre tan útil para los ganados y que es romana, según demuestra el paramento que la respalda, donde hay una cartela hasta ahora mal descifrada, la iglesia de San Bartolomé, antigua parroquia de extenso arrabal, hoy reducido a media docena de casas, nos seduce con su atrio románico porticado, la puerta del mismo estilo, y en el interior la ostentosa capilla barroca del Cristo de Atienza, obra del siglo XVII y sobrecargada de oro en su altar, paredes ornamentadas con molduras y arquivos, y hasta en su bóveda; en el muro de la iglesia, a ambos lados del ingreso a esta capilla, gran número de exvotos, con ingenuas o pintorescas dedicatorias, nos emocionan como reflejo del alma popular, sentimental y profundamente religiosa.

Vueltos a la carretera, proseguimos hasta ver a la derecha el ábside románico de la que fue parroquia de San Gil, y la portadita plateresca del templo; a la izquierda, más vale no ver el ábside de la iglesia conventual de San Francisco, estilo gótico inglés de comienzos del siglo XV. Digo que mejor es no mirarlo porque, al edificar hace pocos años una fábrica de harinas, casi adosado a ésta dejaron esa obra artística, pero tabicando sus rasgados ventanales y convirtiéndola en palomar... Tal atentado al Arte en general y al de Atienza en particular no hubiera tenido lugar si el conjunto urbano de la villa se declara por entonces Monumento Nacional.

Para dar fin al deleitoso paseo, entremos en el Hospital de Santa Ana, allí, muy cerca, y en su capilla, veneremos largo rato la estupenda imagen del Cristo del Perdón, tallada en el siglo XVIII por Luis Salvador Carmona. Una idéntica hay en La Granja y otra muy similar en la iglesia conventual de las agustinas de Nava del Rey (Valladolid), pueblo natal de este escultor barroco.

*
**

Hay en Atienza una institución popular interesantísima por muchos conceptos y de la que hago repetida mención en párrafos anteriores. Me refiero a la Cofradía de la Santísima Trinidad, que llaman vulgarmente «La Caballada». Desde su fundación, hace ocho siglos, hasta comienzos del actual, estuvo integrada por arrieros y mercaderes o mercaderes ambulantes; pero, extinguida la arriería cuando ya esos «transportistas» en mula eran incompatibles con las actuales comunicaciones, ahora está formada por modestos labradores y menestrales que guardan sus pergaminos y el de las Ordenanzas primitivas como preciado tesoro y se atienen rigurosamente a éstas; si no al pie de la letra, porque cambiaron las costumbres y medios de vida, sí respecto al espíritu que las informa, patente en cuantos actos celebran los cofrades y que simbolizan ora el patriotismo o el fervor religiosa, el respeto a los superiores, la mutua consideración personal y, por encima de todo, la disciplina más rígida, propia de militares. Desde hace ocho siglos,



Los cofrades de "La Caballada", con su típico atuendo

cada año, sin interrupción, aun en tiempo de guerra, los cofrades a caballo, vestidos con típico atuendo y precedidos del abanderado, van en romería a la ermita de La Estrella, para conmemorar la liberación de Alfonso VIII por los antiguos arrieros de Atienza; después de solemne misa y devota procesión, se reúnen en fraternal comida, según rígido protocolo, y por la tarde regresan para cruzar en hueste montada la población, bajar a las inmediaciones del arrabal de Puerta Caballos, competir los más jóvenes en carreras de galopadas espectaculares y subir todos cuesta arriba hasta la iglesia de La Trinidad; dejan al abad en su casa, éste les obsequia con un vaso de limonada, que los cofrades, montados, beben al pasar, y acompañan finalmente, precedidos de abanderado y gaitero sobre pollinos emperijilados, al Prioste hasta su domicilio. La simpática fiesta no puede ser más castiza y atractiva.

Sean cuantos se propongan visitar Atienza en prima-

vera que la histórica romería es siempre el domingo de Pascua de Pentecostés, pues en tal festividad, cuya fecha es variable de un año para otro, hace ocho siglos que los antiguos arrieros liberaron al rey de Castilla, cuando éste era niño; tengan los turistas muy en cuenta esa efeméride para disfrutar con su conmemoración.

Todos los que van a Atienza por vez primera se prometen volver; nada más demostrativo de lo mucho que les gustó.

Al ir o volver de Atienza, el turista debe detenerse en Jadraque, para visitar su castillo, magníficamente emplazado, o en Cogolludo, para admirar el palacio de los duques de Medinaceli.

Desde Atienza pueden hacerse gratas excursiones; una, a Albendiego, para ver el magnífico ábside románico, con ventanales de decoración mudéjar, de la ermita de Santa Colomba; otra, siguiendo la carretera que desde Somolinos sube por el valle de antiguo glaciar hasta Campisábalos y Villacadima, donde hay interesantes iglesias románicas; otra, por la zona pinariega, entrando en los Condemios, La Huerce, Valdepinillos, Valverde de los Arroyos, Galve y Cantalojas; otra, entre algunas más, por Imón a Riba de Santiuste, que tiene un castillo ruinoso encaramado en empinado cerro, de espectacular apariencia...

FRANCISCO LAYNA SERRANO (†)
Cronista Provincial

Texto revisado por Antonio Herrera Casado, Cronista Provincial.

Fotografías de Santiago Bernal Gutiérrez.



4147343

Tit. n°:366380

Editado por la Comisión Provincial de Información,
Turismo y Educación Popular
de Guadalajara

EJEMPLAR GRATUITO

VENTA PROHIBIDA

Depósito Legal: GU 95-62

Gráficas Nueva Alcarria, s. a. Sorbo, 13. Guadalajara, 19